

Dr. Agustín De la Puente y Candamo
Miembro de la Academia Nacional de Historia

**MEMORIA DE UN AMIGO
SACERDOTE Y OBISPO**

DATOS DEL AUTOR:

Nace en Lima, en 1922. Es Miembro de la Academia Nacional de Historia (de la cual fue una vez su presidente) y Presidente del Instituto José de la Riva Agüero. Ha escrito varios libros sobre historia e identidad del Perú, entre los que destacan "Teoría de la Emancipación".

MEMORIA DE UN AMIGO MEDICO, SACERDOTE Y OBISPO

No es fácil evocar la memoria de un amigo que tuvo una vida de intensas relaciones humanas y de profunda visión sobrenatural y que fue siempre leal a su vocación de médico, de sacerdote y de obispo.

En las memorias de tantos años se agolpan y entretejen noticias, conversaciones, proyectos, ilusiones, cuestiones muy concretas. No es fácil ordenar los recuerdos. Sí puedo decir que la primera mención de Ignacio María de Orbegozo y Goicoechea, la escuché de Manuel Botas Cuervo, quien inició con inteligencia y señorío, en 1953, las labores del, Opus Dei en el Perú.

Es gratísimo para mí, y sobre todo es justo, unir a Manolo Botas a este recuerdo de Ignacio, su amigo y compañero fraterno de vocación. Fue el Padre Botas, hombre inteligente, fino, gran conservador, defendía su buen humor en momentos incómodos. En síntesis, un gran señor que entendió la amistad como un acto de comprensión y de fidelidad y como un instrumento de apostolado, que de acuerdo con el espíritu de San Josemaría de Escrivá, desarrollaba sin pausa alguna, todos los minutos de su vida.

En una residencia universitaria que don Manuel Botas instaló en La Colmena, en un tercer piso cercano a la avenida Tacna, cuando se preparaba el Quinto Congreso Eucarístico Nacional y Mariano, que se desarrolló en 1954, Manolo, como le decíamos sus amigos, habló de un médico joven, inteligente y culto, buen expositor, que podía venir al Perú para apoyar la preparación intelectual y humana del citado Congreso. Monseñor Landázuri, que era Arzobispo Coadjutor del Cardenal Guevara, y quien presidía la Comisión Organizadora del futuro certamen, aceptó con entusiasmo la iniciativa del viaje de Orbegozo, quien llegó a Lima a fines de 1953 o principios del año siguiente.

Lo veo juvenil -tendrá alrededor de 30 años- vital, comunicativo, entusiasta, era un vasco profundamente español. Tenía el don de la comunicación fácil con la persona y la virtud de conocer muy bien los problemas de uno u otro amigo que se acercaba en busca de consejo o de orientación para su vida. Fue muy bien

amigo, generoso, franco, servicial. Era una mezcla de reciedumbre y sensibilidad muy fina; era recio y afectuoso. Su lenguaje era muy claro, sin equívocos, ni eufemismos.

Recuerdo que su labor en Lima tuvo amplia resonancia; dictó conferencias, cursillos, trabajó en el ambiente escolar, universitario y profesional. Pienso que en el primer contacto con el Perú germinó en Ignacio, como le decíamos los amigos de esos años, lo que sería mas tarde un intenso afecto y una voluntad indeclinable de servicio al país y a los peruanos. Sin duda él no imaginó que su vida arraigaría en el Perú y que después de su muerte dejaría una huella indeleble en muchos espíritus, en muchas tareas y en muchos hombres, que no lo conocieron físicamente, pero que han madurado por la tradición oral y la lectura de sus enseñanzas y la nostalgia de su ejemplo.

Ignacio regresó a España, se ordenó sacerdote y retornó al Perú. Aparte de su labor esencial, persona a persona, como amigo y sacerdote, desde 1964, año en que el Cardenal Landázuri le impartió la Consagración Episcopal en la Catedral de Lima, entregó plena su vida a Cañete, Yauyos y Huarochirí, como Prelado de esa Jurisdicción, y su riquísima personalidad y su fortaleza humana y sus convicciones cristianas, se volcaron en las serranías cercanas y distantes de Yauyos y Huarochirí, en los caminos de Herradura, en los pueblos pequeños como las grandes haciendas del valle de Cañete. Vivió momentos de optimismo y de gran alegría y horas muy difíciles en las cuales tuvo que vencer los riesgos de la distancia y de los peligros múltiples de nuestra geografía. Inclusive un durísimo accidente le ocasionó graves sufrimientos y riesgos que sobrellevó con elegancia y buen humor. Hoy día las generaciones jóvenes de esas provincias peruanas no conocieron físicamente a don Ignacio de Orbegozo, pero sí viven todos los días las obras que él inicio y el espíritu que encarnó y se esforzó por “contagiarlo” a unos y a otros.

Mas tarde, Obispo de Chiclayo, en donde dedicó sus últimos años de su vida, promovió obras capitales que hoy día de modo reiterado hablan de él y de su espíritu. El Seminario y la formación de sacerdotes, la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo y el Santuario de Nuestra de la Paz, tal vez resumen la íntima vocación de Ignacio que se encuentra en el secreto de una confianza amistosa, en las obras antes dichas y que manifiesta su empeño por orientar la vida de los que se acercaban a él.

Lo recuerdo, en fin con su voz resonante, con sus afirmaciones clarísimas y amables, con sus gestos afirmativos, siempre muy expresivos como que eran testimonio de una personalidad que encerraba un riquísimo contenido espiritual. Sin perder su serenidad habitual, vivió intensamente y con prisa, pues sentía que le faltaba tiempo para realizar todo lo que maduraba en su inteligencia. Siempre afectuoso en el trato, era enérgico y muy claro con la persona que exigía una precisión. Entendí, y así lo recuerdo. Como la amistad no es suma de coincidencias, sino el mutuo respeto a la calidad moral de una y otra persona; y se fue el camino para acocar a la iglesia a hombres de gran calidad personal que estaban lejos de ella.

Cultivaba muy bien el idioma y sabía conjugar palabras y gestos amables con afirmaciones que habrían parecido durísimas, dichas por otra persona. En fin, lo recuerdo con un cigarrillo en la mano en la carretera en el norte, en la veloz conducción de su viejo Mercedes y con el ánimo de llegar a Chiclayo para realizar lo que su vocación le indicaba en el gobierno de la Diócesis.

DE DON MANUEL